

El traje de Antonio

Parece que fue ayer cuando Javier entró a la cordà por primera vez. Apenas tenía 16 años y entraba con el temor de ser descubierto, se colocó el casco enseguida y aguardó cerca de las cuatro esquinas sin cruzar el perímetro de seguridad. Sabía que una vez encendida la traca, las vallas se quitarían y tendría vía libre para hacer lo que siempre había querido. Ser un tirador en la cordà de su pueblo.

Todos los años miraba la cordà desde fuera, el ritual era el de siempre, acompañaba a su padre a vestirse en la calle san Antonio, junto a su peña de toda la vida. Observaba como le subían el traje entre dos compañeros, luego él ayudaba con el precinto para evitar cualquier recodo donde pudiera engancharse algún cohete. Antonio, su padre, era un experimentado tirador que solía tener cajón por el centro de la calle mayor, nunca había tenido ningún incidente, al menos ninguno de gravedad. Es cierto, que todos los años salía con algún moratón en la pierna o el brazo, pero nada importante, -es parte del fuego -le decía Antonio a su hijo, -si sales sin ninguna herida es como si nunca hubieras estado. Aunque la herida de ese año sería la grave, la peor que se puede tener, aquella sería la última cordà de Antonio, la última cordà de su vida.

Tras 35 intensos minutos de humo, música y fuego, terminó el tan esperado espectáculo y los bravos tiradores de Paterna se fundieron en un abrazo, Antonio salió como siempre, sudado, sucio, y muy contento. Su hijo Javier, y Asun, su mujer, fueron a recibirlo. Esa noche no irían a la peña ni participarían en la recordà, aunque al día siguiente fuera festivo en Paterna, no lo era en el resto de municipios de la comarca, y a Antonio le tocaba trabajar. Tras un intenso día de trabajo en la oficina, Antonio llegó a casa con un pequeño dolor en el costado, cosa normal tras un día de cordà. Por supuesto no le dio importancia, ya se le pasaría, aunque no fue así como sucedió. El dolor no sólo no se fue sino que se intensificó en los siguientes días, al cuarto, decidieron ir al hospital.

No tenía nada roto, pero el dolor continuaba, tras dos días de pruebas los médicos determinaron que Antonio tenía un cáncer de hígado, el cual ya se estaba extendiendo. El horror y la desolación cayeron sobre la familia como una jarra de agua fría, pese a los avances médicos en las terapias anticancerígenas, un tumor tan avanzado en una zona muy sensible tenía difícil solución. Así fue como unos meses más tarde Javier perdió a su padre, y tuvo que hacer frente a una realidad donde su ídolo, su consejero, su confidente, su amigo... ya no estaría más a su lado. Javier le prometió a su padre que su traje y su espíritu continuarían entrando en la cordà año tras año, siendo esa promesa, el motivo

más importante para continuar adelante de Javier, tras la terrible pérdida sufrida por su familia.

Los momentos previos eran los que le ponían más nervioso; el apagado de las luces, la sirena, la bengala verde... eran momentos en los que notaba como se aceleraba su pulso y sudaba copiosamente, pese a ser una cálida noche de agosto, corría una brisa de lo más agradecida. A Javier lo que más le asustaba de la cordà no era los cohetes, el calor o el fuego. Javier era asmático y le preocupaba el humo, le aliviaba el hecho de la fresca brisa, porque eso evitaría que el humo se concentrase en la calle, pese a ello... uff, esperaba que empezase en seguida, la tensión estaba acabando con su valor. Siempre había visto la cordà desde la calle mayor, más alejado de lo que le gustaría porque a su madre le daba miedo, hoy no sólo la tendría que ver desde cerca, sino que además tendría que entrar y hacer honor al nombre y el traje de su padre.

Por fortuna su madre hoy no le acompañaba, porque de haberlo hecho no le habría dejado entrar, la convenció para poder ir con sus amigos de la falla, y le prometió que la verían desde los 3 caminos, donde no había peligro de que llegaran. El traje lo había sacado hacía días de casa, y había convencido a Josico, uno de los amigos de su padre para que lo guardara en la peña y le ayudara a vestirse, éste en un principio se había negado, pero al contarle que le había prometido a su padre, que su traje seguiría entrando en la cordà, se le cayeron unas lágrimas y le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para que pudiera cumplir su promesa y ese homenaje a Antonio.

La peña de su padre esperaba a Javier en los cajones centrales de la calle mayor, sabían que tenían prohibido ayudar a un menor a entrar y mucho menos permitir que tirara de sus cohetes, pero todos estuvieron de acuerdo en que era el homenaje que su amigo hubiera deseado, el bautismo de Javier como tirador, de la mano de su peña, de sus amigos, de su familia de fuego. Nadie se quedó fuera esperándolo, era parte del plan, la policía hubiera sospechado si un tirador con brazalete se quedaba fuera de la calle junto a alguien sin el mismo. Todos confiaban en Javier, además, era él y sólo él, quien tendría que enfrentarse al fuego, quien tendría que demostrar que era digno de llevar el traje de su padre, y porque no, que pudiera en un futuro pasar a formar parte de Sangonereta, la peña de cohetes que fundó Antonio.

Pepín iba de un extremo de la calle a otro con la bengala verde, no iba sólo, hacía años que se había retirado por ser ya muy mayor, pero seguía ejerciendo de coheter mayor de forma honorífica y si la salud se lo permitía abría y cerraba la cordà cada año. Cuando por fin llegó al final encendió la traca y dio comienzo el espectáculo. Desde las cuatro esquinas se veían hileras de cohetes encendidos que avanzaban cual ola de 20 metros de altura, el pavor y el

respeto hacia esa maravilla pirotécnica sólo era comparable con el entusiasmo y un extraño brillo demente en la gente que se quedaba más cerca. El público se mantenía en tensión y corría cuando caía un cohete cerca de ellos, pero enseguida recuperaban sus puestos esperando a que cayera el siguiente.

Javier vio como la policía retiraba rápidamente las vallas protectoras y dejaba que fuego y público se mezclasen sin temor. Decidió esperar unos minutos, tenía que acostumbrarse al fuego, a los cohetes, a su baile y su música, a la pólvora y sobre todo al humo. Pronto probó el duro golpe de un cohete golpeándole la pierna y de como ésta se le entumecía, sabía que al día siguiente tendría un moratón importante, no sabía como iba a ocultárselo a su madre, pero ese era ahora el menor de sus problemas, el mayor, era que tenía que enfrentarse a lo que más deseaba hacer... y a lo que más temía.

Entró con paso firme y decidido entre los valientes tiradores, fijándose que actuaban en equipo y como si fuesen sólo uno. Mientras uno de ellos sacaba cohetes, el otro tapaba la entrada para evitar que uno encendido se colara en el cajón. Otro compañero los colocaba, y un cuarto hacía círculo para encenderlos. Cuando la “paella” estaba preparada, los golpeaban en todas direcciones y ese trozo de calle se iluminaba de forma sorprendente. Su primera impresión fue como estar en medio de una batalla cósmica con montones de naves. Se imaginó que era Anakin Skywalker en el ataque de los clones, e iba con su nave esquivando fuego enemigo. En la peña le habían aconsejado que moviera las manos de forma repetida alrededor de su entrepierna y en la cara, para evitar golpes y fogonazos en partes sensibles. También que no se quedara nunca quieto, los pies debían estar siempre en movimiento, un cohete encajado en la cera y explotando junto al tobillo, podía ocasionar una lesión importante. Fue avanzando poco a poco, parándose cuando todo se quedaba a oscuras, y caminando cuando el fuego iluminaba el cielo, no veía nada ni reconocía a nadie, pero sabía donde estaba, aún con sus fachadas cubiertas de rejillas y tablones, conocía todas y cada una de aquellas tiendas. Pasaba por delante de ellas a diario, unos pocos pasos más y llegaría a su destino.

Allí estaban Pepe, Josico y David. No era toda la peña, pero si eran los que se juntaban con Antonio en el mismo cajón. Lo reconocieron enseguida, habían visto muchas veces ese traje junto a los suyos, y no les cabía duda de que Javier lo conseguiría pese a ser su primera vez. Le dieron unas palmadas en la espalda y se juntaron los cuatro. Las indicaciones eran claras; Josico abría y cerraba los cajones, David los sacaba. Él y Pepe, preparaban y encendían. Se dieron un abrazo y gritaron al unísono con una femella en la mano, -¡Por Antonio!

El tiempo pasaba muy despacio, y el sudor se iba acumulando en la frente de Javier. Los golpes de cohetes cada vez eran más frecuentes, pero no dolían, estaba concentrado en lo que tenía que hacer, un sólo error, y lo pagarían todos sus compañeros. El fuego era continuo y los silbidos de los cohetes constantes. De vez en cuando una fuerte llamarada se veía en los cajones próximos, una columna de fuego que se elevaba varios metros indicaba el incendio de algún cajón lleno de cohetes. Cuando estaba entre el público esa circunstancia provocaba una exclamación mezcla de temor y emoción y la reacción instintiva de todos los presentes en dar dos pasos hacia atrás. Una vez dentro, una ola de aire cálido del verano más sofocante cortaba la respiración, y el instinto le hacía mirar en dirección opuesta para proteger la única parte del cuerpo expuesta al fuego. Sin embargo, no podían perder la concentración, una buena cordà no podía permitirse el lujo de quedarse sin fuego en algún momento, de que sobrasen cohetes tras la bengala roja o peor aún, que faltasen por excesivos cajones quemados.

Pasados unos minutos Josico dio un grito que hendió el aire y se agarró instintivamente a sus compañeros. Una femella había explotado junto a su pie y le había dejado el tobillo inservible. Los gestos de negación de su casco y la señal de que tenía que salir, hizo que todos trabajáramos en equipo para sacarlo de la calle mayor. Por su puesto había un protocolo de seguridad que habría permitido parar la cordà para sacar algún herido, pero dicha circunstancia no se había producido nunca. Jamás en los más de 100 años de vida de la cordà se había parado la misma a mitad... y esa no iba a ser la primera vez, no al menos a causa de ellos. Lo acompañaron hasta la plaza mayor y lo tumbaron en un banco. Le quitaron el casco y se aseguraron de que estaba consciente. Le dolía, pero no era un dolor insoportable, lo único que tenía claro es que no podía poner el pie en el suelo.

Volvieron a su puesto dentro de la cordà y vieron como los compañeros de al lado sólo les quedaba medio cajón, la bengala roja pasaría en cualquier momento y a ellos todavía les quedaba cajón y medio. Habían perdido un tiempo precioso en la evacuación de Josico, pero era necesaria. Javier sacaba cohetes a una velocidad endiablada y ayudaba con el fuego a Pepe. Iban tan rápido que se olvidaron por un momento del fuego, de los golpes, de los silbidos ensordecedores de una explosión junto al casco. Se olvidaron de la gente y de la propia cordà, y trabajaron como uno sólo, como un equipo único que no necesitara hablarse o mirarse, como si hubieran hecho lo mismo durante toda la vida, como si no fuera la primera cordà de Javier... como si Antonio estuviera allí mismo con ellos.

Pasó la bengala roja y se dieron cuenta aliviados de que no quedaban más que un puñado de cohetes, se miraron y sonrieron, lo habían conseguido. Hicieron la última paella, se abrazaron y bailaron junto al fuego mientras saltaban y pateaban los cohetes. Las lágrimas se juntaron con el sudor, pero ya ni eso molestaba, había sido una de las mejores cordàs, el bautismo de fuego de Javier, el homenaje a su amigo Antonio. En cuanto se encendieron las luces, todos los tiradores se quitaron los cascos y se abrazaron, pero Javier y su peña se fueron corriendo a ver a Josico, que estaba siendo atendido por una unidad del SAMU apostada en la plaza. Les dijeron que parecía que tenía el tobillo roto y se lo llevaron al hospital. Nada grave, nada de lo que preocuparse, su mujer Marta ya estaba con él, con cara de preocupación, aun así les sonrió al verles. Se asustó mucho cuando vio a Javier quitándose el casco, -tu madre, tu pobre madre. Repetía una y otra vez. -Ya verás cuando se entere.

Se fueron a Sangoreneta, su peña de toda la vida, allí se cambiaron, rieron y bebieron. Brindaron por Antonio y por Josico, que por lo que les contaba Marta, pasaría la noche en casa. Tocaba prepararse para la recordà en el Parc Central, pero para Javier la noche había terminado. Si tenía suerte y su madre estaba dormida, podría aplazar la bronca hasta el día siguiente. Por mucho que se duchara y limpiara su traje, no podría quitarse en unos días el olor a pólvora, y su madre sabía muy bien como olía la casa, tras la noche del último domingo de agosto.

Hoy Javier tiene 45 años, y queda poco tiempo para que empiece la cordà, sin embargo, no está nervioso, ni tenso ni emocionado por lo que lleva todo el año esperando. Lo está porque hoy entra por primera vez Raquel, su hija mayor, de 16 años. Lo han repasado todo tantas veces, que repite las instrucciones en sueños. Raquel entró con 14 años en la exhibición femenina que se hizo en el cohetódromo, y desde entonces le está insistiendo a su padre en que le deje salir en la cordà. La excusa de que es menor de edad no le sirve, porque nunca se le ocurrió que debía haber ocultado, que él mismo entró a su primera cordà con 16 años. Su madre Paula no ha querido ir a verlo, está demasiado nerviosa. La que sí que está es Asun, su abuela y madre de Javier. No estuvo la primera vez que entró su hijo, pero no quiere perderse la primera vez de su nieta. Sabe que para ella es importante... y para su hijo también.

La bengala verde está haciendo su recorrido, Raquel está fuera del recinto, junto a su padre, ambos irán a su lugar habitual, donde suelen estar sus compañeros de la peña Sangonereta. Javier está nervioso, puede que tanto como la primera vez que entró, también sabe que nada puede salir hoy mal, Raquel llevará su traje, el traje de su padre. Hoy Antonio volverá a entrar en la cordà, y por primera vez, lo hará de mano de su nieta.

Alfons Morcillo i Ortega